

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

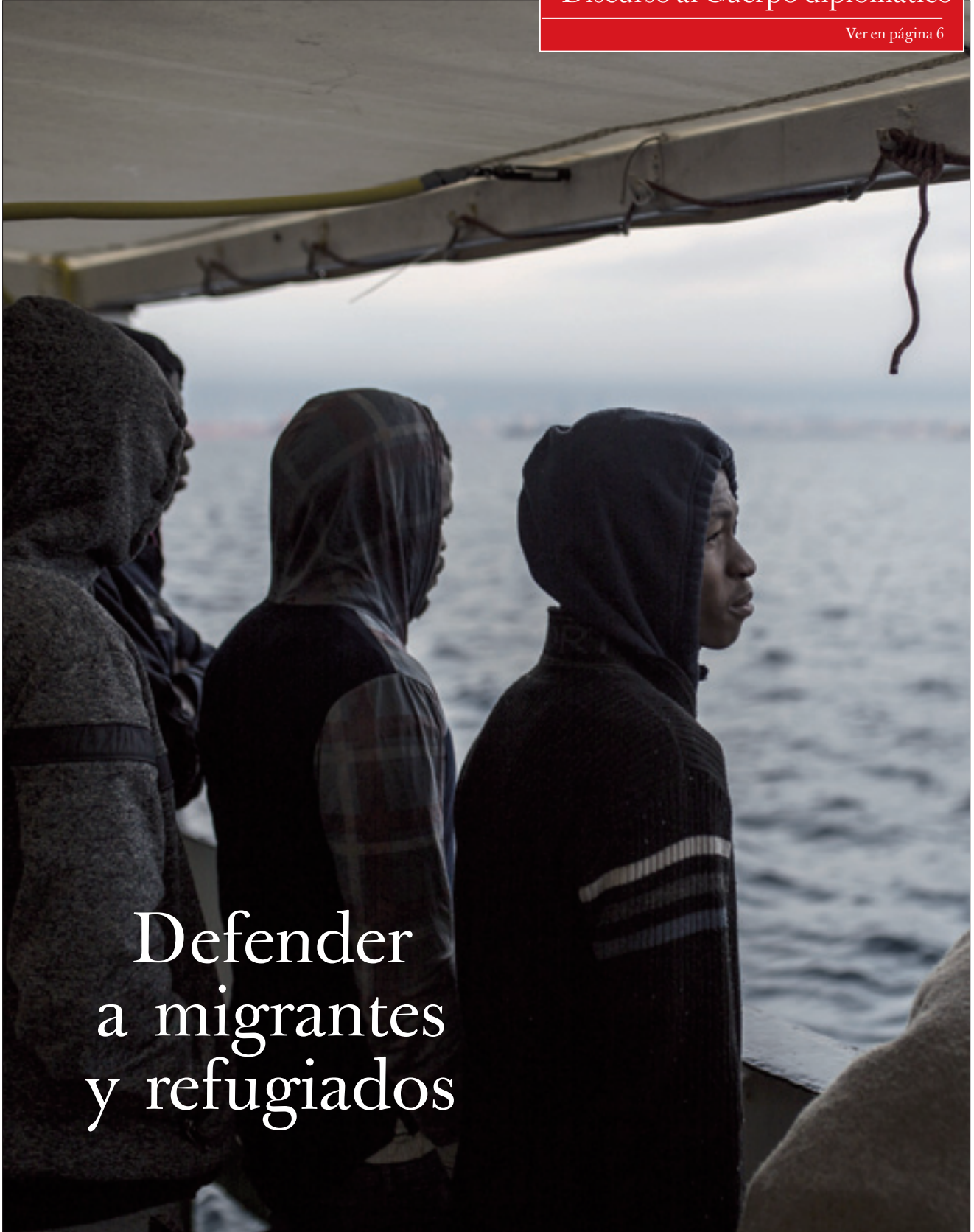
Año LI, número 2 (2.599)

Ciudad del Vaticano

11 de enero de 2019

Discurso al Cuerpo diplomático

Ver en página 6



Defender
a migrantes
y refugiados

Editorial

La buena disposición lo es todo (si nos dejamos sorprender)

Lo importante es estar siempre listos. Posiblemente estar listos para cualquier cosa. Los líderes políticos en estos días llenos de incertidumbres y agitaciones se desviven para mostrarse listos, y para alcanzar los objetivos que prometen y vuelven a prometer a los votantes, se declaran capaces de no dudar ni siquiera un momento e ir directos y seguros hasta el fondo, hasta las más extremas consecuencias. Debería tranquilizarnos todo esto, sobre todo porque la preparación es realmente importante, más aún: *The readiness is all*, «la buena disposición lo es todo», como le dice el buen Hamlet a Horacio (acto 5, escena 2). ¿Pero de qué disposición estamos hablando? Aquella de la que se habla en el debate político contemporáneo, a menudo equivale a mirar hacia delante, a una vista previa, pero solo para afirmarse imponiéndonos la posición de uno mismo como diciendo: se debe hacer así y para lograr este objetivo no pongo límites a mi voluntad, a los demás se les aconseja que hagan lo mismo, que nadie me ponga límites. La buena disposición aquí es disuasión, una advertencia que cae directamente sobre los demás.

Pero hay otra disposición. Más reflexiva, incluso en el sentido literal del término, que se refleja en el sujeto sin recaer en los demás. Es la disposición no de quienes están a cargo de las operaciones, de quienes dan el primer paso, sino de quienes tienen que responder (precisamente «con prontitud») a las preguntas y peticiones de la vida. Esta es la disposición de la que habla Hamlet y es la misma de la que está llena la Escritura. Pensemos en Abraham, él no tiene grandes virtudes, pero está listo para responder a la pregunta exigente del Señor. Así, Moisés, los profetas y los apóstoles responden a la palabra «sígueme» dejando su actividad y disponiéndose a seguirlo inmediatamente después. Ninguno de estos previó lo que iba a suceder, la respuesta está hecha con una disposición paradójicamente renuente, ciertamente ninguno de estos había hecho previamente un curso de preparación para estar listo. Frente a las dificultades, aquellas reales, de la vida, uno nunca está listo. Martin Buber lo expresa bien: «Lo que Dios exige de mí en este momento lo aprendo cuando me sucede a mí, y no antes de que me pase a mí». Esta insuficiencia intrínseca de la naturaleza humana hace que la exhortación paradójica que Jesús a menudo repite en el Evangelio resuene aún más: *estote parati*, estad listos.

Una paradoja que puede resumirse en el hecho de que el secreto de la vida parece residir en la capacidad de estar listo para sorprenderse, sorprendido por la alegría, que diría C.S. Lewis.

«Nuestro Dios es el Dios de las sorpresas», lo ha repetido el Papa varias veces y este pensamiento no puede más que venir a la mente en estos días de Navidad, la mayor sorpresa alegre inscrita en la fe cristiana, un Dios que encarna y nace Niño (superado solo por la otra sorpresa, esta vez dolorosa: un Dios que muere). Precisamente en virtud de la encarnación, la Navidad no es una sorpresa relegada a esa noche en Belén hace dos mil años, sino que es lo que sucede todos los días en todos los lugares del mundo cuando un ser humano nace, como ha aprendido, con la intuición de los grandes artistas, el poeta polaco Wisława Szymborska: «para el nacimiento de un niño el mundo nunca está listo».

ANDREA MONDA

La semana del Papa

Videomensaje a Egipto

El Papa Francisco envió sus saludos especiales para Navidad y Año Nuevo, a la Iglesia copta ortodoxa de Egipto, con motivo de la inauguración de la nueva Catedral de la Natividad, en ese país y expresó su profundo anhelo de que «el Príncipe de la Paz les conceda el don de la paz y de la prosperidad». Lo hizo a través de un videomensaje enviado el domingo 6 de enero en el que les dijo: «Que el Príncipe de la Paz done a Egipto, a Oriente Medio y al mundo entero el regalo de la paz y la prosperidad». También envió un saludo especial «a mi querido hermano, Su Santidad el Papa Tawadros II y a la Iglesia Copta-Ortodoxa, que ha sabido dar un verdadero testimonio de fe y de caridad incluso en los momentos más difíciles». Y recordó: «Queridísimos hermanos y hermanas, tenéis mártires que dan fuerza a vuestra fe. Gracias por su ejemplo». Además extendió «un respetuoso saludo» al Gobierno egipcio y al Presidente Abdel Fattah al-Sisi. «Que en la nueva Catedral se eleve siempre el gozoso culto a Dios en lo alto de los cielos y descienda la bendición y la paz en la tierra para todos los hombres, que Dios ama. Feliz Navidad», dijo.

La catedral está situada en el territorio de lo que será la capital administrativa de Egipto, en una zona desértica a unos 45 kilómetros al este de El Cairo.

La intención del Papa para el mes de enero

De fondo, el ruido de un avión aterrizando. En primer plano, una señal de tráfico que indica el acceso al aeropuerto internacional de la ciudad de Panamá, la capital del estado centroamericano. Inmediatamente después, un encuadre de la cinta transportadora de equipaje a su llegada al aeropuerto panameño. Un niño recoge su mochila. En el equipaje, inmediatamente se nota una etiqueta con el símbolo de la Jornada mundial de la juventud 2019. Las imágenes del vídeo «Jóvenes en la escuela de María», que presenta la intención del Papa Francisco para el mes de enero, confiado a la Red Mundial de Oración (www.thepopevideo.org), no dejan ninguna duda. Todo gira en torno a la celebración de la JMJ que tendrá lugar en Panamá del 22 al 27 de enero. Por esta razón, la atención a las nuevas generaciones se expresa en las palabras del Pontífice con la solicitud específica: «Recemos por los jóvenes, especialmente los de América Latina, para que, siguiendo el ejemplo de María, respondan al llamado del Señor para comunicar la alegría del evangelio al mundo». Las imágenes fluyen rápidamente sobre el mismo tema: juventud y JMJ, oración y alegría. De repente, una corona de rosario aparece en manos de un niño. Otros jóvenes comienzan a caminar con sus mochilas. El ambiente es de alegría y paz. Incluso las palabras del Papa empujan a la esperanza: «Ustedes jóvenes tienen en la Virgen María un motivo de alegría y una fuente de inspiración». De ahí, la invitación dirigida a todos aquellos que participan en persona o a través de los medios de comunicación social en el gran evento: «Aprovechen la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá para contemplar a Cristo con María». La invitación es a vivir esta experiencia con un ojo hacia la Virgen y con una intención particular: la paz en los corazones y en el mundo. «Cada uno en su idioma, recemos el Rosario por la paz. Y pidanle fuerzas para soñar y trabajar por la paz». Para concluir, la bandera de Panamá ondea en primer plano, que parece cubrir completamente el campo del encuadre, sumergiendo al espectador en el evento mundial. Traducido a nueve idiomas, el vídeo fue preparado para la Red Mundial de Oración del Papa por la agencia La Machi, que se ocupa de la producción y distribución, en colaboración con Vatican Media, que ha supervisado la grabación.

Oriente cristiano



Dios se ha hecho

hombre: en Jesús ha venido a compartir nuestra vida.

Mantengamos viva la relación con Él y entre nosotros. Feliz Navidad a los hermanos y hermanas del Oriente cristiano

(@pontifex_es, 07 de enero, 13:30)

Lágrimas



No tengan

miedo de llorar en contacto con situaciones difíciles: son gotas que riegan la vida. Las lágrimas de compasión purifican el corazón y los afectos

(@pontifex_es, 09 de enero, 13:30)

Amor



El amor no

tolera la indiferencia, el amor es compasivo. Amor es poner en juego el corazón por los demás

(@pontifex_es, 08 de enero, 13:30)

Oración



La Iglesia

crece en el silencio, en la oración y con las obras buenas que dan testimonio

(@pontifex_es, 05 de enero, 13:30)

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non prececidit

Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redirezionesystem@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

Es México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 224-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14790. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 2518 75 29; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Solidaridad con los migrantes en el Mediterráneo

En el Ángelus llamamiento a los líderes europeos por las 49 personas a bordo de dos barcos

«Desde hace varios días, cuarenta y nueve personas rescatadas en el mar Mediterráneo están a bordo de dos barcos de ONG que buscan un lugar seguro donde desembarcar»: lo recordó el Papa al finalizar el Ángelus del 6 de enero —rezado con los fieles presentes en la plaza de San Pedro— dirigiendo un sentido llamamiento a los líderes europeos, para que «demuestren su solidaridad con estas personas». Con anterioridad, el Pontífice había hablado de la solemnidad de la Epifanía.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, solemnidad de la Epifanía del Señor es la fiesta de la manifestación de Jesús, simbolizada por la luz. En los textos proféticos se promete esta luz: se promete la luz. Isaías, de hecho, se dirige a Jerusalén con estas palabras: «¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz y la gloria de Yahveh sobre ti ha amanecido!» (60, 1). La invitación del profeta —a levantarse porque viene la luz— parece sorprendente, porque se encuentra después del duro exilio y de las numerosas vejaciones que el pueblo había experimentado.

Esta invitación, hoy, también resuena para nosotros que hemos celebrado la Navidad de Jesús y nos anima a dejarnos alcanzar por la luz de Belén. Nosotros también estamos invitados a no detenemos en los signos externos del evento, sino a comenzar de nuevo y emprender, en la novedad de la vida, nuestro viaje de hombres y creyentes.

La luz que el profeta Isaías preanunció en el Evangelio está presente y encontrada. Y Jesús, nacido en Belén, la ciudad de David, vino para llevar la salvación a vecinos y lejanos: a todos. El evangelista Mateo muestra diferentes maneras en que uno puede encontrarse con Cristo y reaccionar ante su presencia. Por ejemplo, Herodes y los escribas de Jerusalén tienen un corazón duro, que persiste y rechaza la visita de ese Niño. Es una posibilidad: cerrarse a la luz. Representan a quienes, incluso en nuestros días, tienen miedo de la venida de Jesús y cierran sus corazones a los hermanos y hermanas que necesitan ayuda. Herodes teme perder poder y no piensa en el verdadero bien de las personas, sino en su propio interés personal. Los escribas y los líderes de la gente tienen miedo porque no pueden mirar más allá de sus propias certezas, por lo que no logran captar la novedad que es Jesús.

Por otro lado, la experiencia de los Magos es muy diferente (cf. *Mateo* 2, 1-12). Venidos de Oriente, representan a todos los pueblos lejanos de la fe judía tradicional. Sin embargo, se dejan guiar por la estrella y se enfrentan a un largo y arriesgado viaje para llegar al destino y conocer la verdad sobre el Mesías. Los magos estaban abiertos a la «novedad», y revelaron la novedad más grande y sorprendente de la historia: Dios hecho hombre. Los magos se postran ante Jesús y le ofrecen regalos simbólicos: oro, incienso y mirra; porque la búsqueda del Señor implica no solo la perseverancia en el camino, sino también la generosidad del corazón. Y finalmente, se retiraron «a su país» (v. 12); y dice el evangelio que volvieron por «otro camino». Hermanos y hermanas, cada vez que un hombre o una mujer se encuentran con Jesús, él cambia sus caminos, vuelve a la vida de una manera diferente, vuelve renovado, «por otro camino». Regresaron «a su país» llevando consigo el misterio de ese Rey humilde y pobre; podemos imaginar que contaron a todos la experiencia vivida: la salvación ofrecida por Dios en Cristo es para todos los hombres, cercanos y lejanos. No es posible «tomar posesión» de ese Niño: Él es un regalo para todos.

Nosotros también, hagamos un poco de silencio en nuestro corazón y dejémonos iluminar por la luz de Jesús que proviene de Belén.

No permitamos que nuestros miedos cierren nuestros corazones y tengamos el coraje de abrírnos a esta luz que es suave y discreta. Entonces, como los Magos, experimentaremos «inmensa alegría» (v. 10) que no podremos conservar para nosotros mismos. Que nos sostenga en este viaje la Virgen María, estrella que nos lleva a Jesús, y Madre que muestra a Jesús a los Magos y a todos los que se le acercan.

Al finalizar la oración mariana, el Pontífice saludó a los grupos presentes, el particular al tradicional desfile de folclore «Viva la befana», organizado por Europae Familia (Famiglie libere associate d'Europa). A continuación, sus palabras.

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace varios días, cuarenta y nueve personas rescatadas en el mar Mediterráneo están a bordo de dos barcos de ONG que buscan un lugar seguro donde desembarcar. Hago un llamamiento sincero a los líderes europeos para que demuestren su solidaridad con estas personas.

Algunas iglesias orientales, católicas y ortodoxas, siguiendo el calendario juliano, celebrarán la santa Navidad mañana. A ellos les dirijo mis saludos cordiales y fraternales en el signo de comunión entre todos los cristianos, que reconocemos a Jesús como Señor y Salvador. A todos ellos, ¡Feliz Navidad!

La Epifanía es también el Día de la Misión Juvenil, que este año invita a los jóvenes misioneros a ser «atletas de Jesús», a presenciar el Evangelio en la familia, en la escuela y en lugares de ocio.

Les extiendo mi saludo cordial a todos ustedes, peregrinos, familias, parroquias y asociaciones, procedentes de Italia y de diferentes países. En particular, saludo a los fieles de Marsala, Peveragno y San Martino en Río, a los muchachos de Cresima di Bonate Sotto y al grupo «Fraterna Domus».

Un saludo especial a la procesión histórico-folclórica que promueve los valores de la Epifanía y que este año está dedicado al territorio de Abruzzo. También me gustaría mencionar la procesión de los Magos que tiene lugar en muchas ciudades de Polonia con una gran participación de familias y asociaciones. Y también saludo a los músicos de la banda que escuché tocar. Continúen tocando la alegría de este día de la Epifanía.

Os deseo a todos una buena fiesta. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.



En la misa de la Epifanía el Papa invita a dejar los propios afectos mundanos y a ponerse en camino para encontrar a Dios

Que la Iglesia no busque las luces terrenas del éxito

«Cuántas veces, incluso como Iglesia, hemos intentado brillar con luz propia. Pero nosotros no somos el sol de la humanidad. Somos la luna que, a pesar de sus sombras, refleja la luz verdadera, el Señor. La Iglesia es el *mysterium lunae* y el Señor es la luz de mundo; él, no nosotros». Tomó impulso de estas consideraciones la homilía pronunciada por el Papa Francisco durante la misa en la solemnidad de la Epifanía, celebrada el domingo 6 de enero, por la mañana, en la basílica Vaticana



Epifanía: la palabra indica la manifestación del Señor quien, como dice san Pablo en la segunda lectura (cf. *Ef* 3, 6), se revela a todas las gentes, representadas hoy por los magos. Se desvela de esa manera la hermosa realidad de Dios que viene para todos: Toda nación, lengua y pueblo es acogido y amado por él. Su símbolo es la luz, que llega a todas partes y las ilumina.

Ahora bien, si nuestro Dios se manifiesta a todos, sin embargo, produce sorpresa cómo se manifiesta. El evangelio narra un ir y venir entorno al palacio del rey Herodes, precisamente cuando Jesús es presentado como rey: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?» (*Mt* 2, 2), preguntan los magos. Lo encontrarán, pero no donde pensaban: no está en el palacio real de Jerusalén, sino en una humilde morada de Belén. Asistimos a la misma paradoja en Navidad, cuando el evangelio nos hablaba del censo de toda la tierra en tiempos del emperador Augusto y del gobernador Quirino (cf. *Lc* 2, 2). Pero ninguno de los poderosos de entonces se dio cuenta de que el Rey de la historia nacía en ese momento. E incluso, cuando Jesús se manifiesta públicamente a los treinta años, precedido por Juan el Bautista, el evangelio ofrece otra solemne presentación del contexto, enumerando a todos los "grandes" de entonces, poder secular y espiritual: el emperador Tiberio, Poncio Pilato, Herodes, Filipo, Lisanio, los sumos sacerdotes Anás y Caifás. Y concluye: «Vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto» (*Lc* 3, 2). Por tanto, no sobre alguno de los grandes, sino sobre un hombre que se había retirado en el desierto. Esta es la sorpresa. He aquí la sorpresa: Dios no se manifiesta ocupando el centro de la escena. Al oír esa lista de personajes ilustres, podríamos tener la tentación de «poner el foco de luz» sobre ellos. Podríamos pensar: habría sido mejor si la estrella de Jesús se hubiese aparecido en Roma sobre el monte Palatino, desde el que Augusto reinaba en el mundo; todo el imperio se habría hecho seguidista cristiano. O también, si hubiese iluminado el palacio de Herodes, este podría haber hecho el bien, en vez del mal. Pero la luz de Dios no va a aquellos que brillan con luz propia. Dios se propone, no se impone; ilumina, pero no deslumbra. Es siempre grande la tentación de confundir la luz de Dios con las luces del mundo. Cuántas veces hemos seguido los seductores resplandores del poder y de la fama, convencidos de prestar un buen servi-

cio al evangelio. Pero así hemos vuelto el foco de luz hacia la parte equivocada, porque Dios no está allí. Su luz tenue brilla en el amor humilde. Cuántas veces, incluso como Iglesia, hemos intentado brillar con luz propia. Pero nosotros no somos el sol de la humanidad. Somos la luna que, a pesar de sus sombras, refleja la luz verdadera, el Señor. La Iglesia es el *mysterium lunae* y el Señor es la luz de mundo (cf. *Jn* 9, 5); él, no nosotros.

La luz de Dios va a quien la acoge. En la primera lectura, Isaías nos recuerda que la luz divina no impide que las tinieblas y la oscuridad cubran la tierra, pero resplandece en quien está dispuesto a recibirla (cf. 60, 2). Por eso el profeta dirige una llamada, que nos interpela a cada uno: «Levántate y resplandece, porque llega tu luz» (60, 1). Es necesario levantarse, es decir sobreponerse a nuestro sedentarismo y disponerse a caminar, de lo contrario, nos quedaremos parados, como los escribas consultados por Herodes, que sabían bien dónde había nacido el Mesías, pero no se movieron. Y después, es necesario revestirse de Dios que es la luz, cada día, hasta que Jesús se convierta en nuestro vestido cotidiano. Pero para vestir el traje de Dios, que es sencillo como la luz, es necesario despojarse antes de los vestidos pomposos, en caso contrario seríamos como Herodes, que a la luz divina prefirió las luces terrenas del éxito y del poder. Los magos, sin embargo, realizan la profecía, se levantan para ser revestidos de la luz. Solo ellos ven la estrella en el cielo; no los escribas, ni Herodes, ni ningún otro en Jerusalén. Para encontrar a Jesús hay que plantearse un itinerario distinto, hay que tomar un camino alternativo, el suyo, el camino del amor humilde. Y hay que mantenerlo. De hecho, el Evangelio de este día concluye diciendo que los magos, una vez que encontraron a Jesús, «se retiraron a su tierra por otro camino» (*Mt* 2, 12). Otro camino, distinto al de Herodes. Un camino alternativo al mundo, como el que han recorrido todos los que en Navidad están con Jesús: María y José, los pastores. Ellos, como los magos, han dejado sus casas y se han convertido en peregrinos por los caminos de Dios. Porque solo quien deja los propios afectos mundanos para ponerse en camino encuentra el misterio de Dios. Vale también para nosotros. No basta saber dónde nació Jesús, como los escribas, si no alcanzamos ese dónde. No basta saber, como Herodes, que Jesús nació si no lo encontramos.

Cuando su dónde se convierte en nuestro dónde, su cuándo en nuestro cuándo, su persona en nuestra vida, entonces las profecías se cumplen en nosotros. Entonces Jesús nace dentro y se convierte en Dios vivo para mí. Hoy, hermanos y hermanas, estamos invitados a imitar a los magos. Ellos no discuten, sino que caminan; no se quedan mirando, sino que entran en la casa de Jesús; no se ponen en el centro, sino que se postran ante él, que es el centro; no se empecinan en sus planes, sino que se muestran disponibles a tomar otros caminos. En sus gestos hay un contacto estrecho con el Señor, una apertura radical a él, una implicación total con él. Con él utilizan el lenguaje del amor, la misma lengua que Jesús ya habla, siendo todavía un infante. De hecho, los magos van al Señor no para recibir, sino para dar. Pregúntemonos: ¿Hemos llevado algún presente a Jesús para su fiesta en Navidad, o nos hemos intercambiado regalos solo entre nosotros?

Si hemos ido al Señor con las manos vacías, hoy lo podemos remediar. El evangelio nos muestra, por así decirlo, una pequeña lista de regalos: oro, incienso y mirra. El oro, considerado el elemento más precioso, nos recuerda que a Dios hay que darle siempre el primer lugar. Se le adora. Pero para hacerlo es necesario que nosotros mismos cedamos el primer puesto, no considerándonos autosuficientes sino necesitados. Luego está el incienso, que simboliza la relación con el Señor, la oración, que como un perfume sube hasta Dios (cf. *Sal* 141, 2). Pero, así como el incienso necesita quemarse para perfumar, la oración necesita también "quemar" un poco de tiempo, gastarlo para el Señor. Y hacerlo de verdad, no solo con palabras. A propósito de hechos, ahí está la mirra, el ungüento que se usará para envolver con amor el cuerpo de Jesús bajado de la cruz (cf. *Jn* 19, 39). El Señor agradece que nos hagamos cargo de los cuerpos probados por el sufrimiento, de su carne más débil, del que se ha quedado atrás, de quien solo puede recibir sin dar nada material a cambio. La gratuidad, la misericordia hacia el que no puede restituir es preciosa a los ojos de Dios. La gratuidad es preciosa a los ojos de Dios. En este tiempo de Navidad que llega a su fin, no perdamos la ocasión de hacer un hermoso regalo a nuestro Rey, que vino por nosotros, no sobre los fastuosos escenarios del mundo, sino sobre la luminosa pobreza de Belén. Si lo hacemos así, su luz brillará sobre nosotros.

El Pontífice anima el compromiso de los voluntarios entre enfermos y pone en guardia sobre la lógica del beneficio a toda costa

Redescubrir la gratuidad para humanizar la medicina

La cultura de la gratuidad como «respuesta a la lógica del beneficio a toda costa» es el tema central del mensaje del Papa Francisco con ocasión de la vigésimo séptima Jornada mundial del enfermo, que se celebrará el próximo 11 de febrero en Calcuta, India. Publicamos a continuación el texto.

Queridos hermanos y hermanas:

«Gratis habéis recibido; dad gratis» (Mt 10, 8). Estas son las palabras pronunciadas por Jesús cuando envió a los apóstoles a difundir el Evangelio, para que su Reino se propagase a través de gestos de amor gratuito.

Con ocasión de la XXVII Jornada Mundial del Enfermo, que se celebrará solemnemente en Calcuta, India, el 11 de febrero de 2019, la Iglesia, como Madre de todos sus hijos, sobre todo los enfermos, recuerda que los gestos gratuitos de donación, como los del Buen Samaritano, son la vía más creíble para la evangelización. El cuidado de los enfermos requiere profesionalidad y ternura, expresiones de gratuidad, inmediatas y sencillas como la caricia, a través de las cuales se consigue que la otra persona se sienta «querida».

La vida es un don de Dios —y como advierte san Pablo—: «¿Tienes algo que no hayas recibido?» (1 Co 4, 7). Precisamente porque es un don, la existencia no se puede considerar una mera posesión o una propiedad privada, sobre todo ante las conquistas de la medicina y de la biotecnología, que podrían llevar al hombre a ceder a la tentación de la manipulación del «árbol de la vida» (cf. Gn 3, 24).

Frente a la cultura del descarte y de la indiferencia, deseo afirmar que el don se sitúa como el paradigma capaz de desafiar el individualismo y la contemporánea fragmentación social, para impulsar nuevos vínculos y diversas formas de cooperación humana entre pueblos y culturas. El diálogo, que es una premisa para el don, abre espacios de relación para el crecimiento y el desarrollo humano, capaces de romper los rígidos esquemas del ejercicio del poder en la sociedad. La acción de donar no se identifica con la de regalar, porque se define solo como un darse a sí mismo, no se puede reducir a una simple transferencia de una propiedad o de un objeto.

Se diferencia de la acción de regalar precisamente porque contiene el don de sí y supone el deseo de establecer un vínculo. El don es ante todo reconocimiento recíproco, que es el carácter indispensable del vínculo social. En el don se refleja el amor de Dios, que culmina en la encarnación del Hijo, Jesús, y en la efusión del Espíritu Santo.

Cada hombre es pobre, necesitado e indigente. Cuando nacemos, necesitamos para vivir los cuidados de nuestros padres, y así en cada fase y etapa de la vida, nunca podremos liberarnos completamente de la necesidad y de la ayuda de los demás, nunca podremos arrancarnos del límite de la impotencia ante alguien o algo. También esta es una condición que caracteriza nuestro ser «criaturas». El justo reconocimiento de esta verdad nos invita a permanecer humildes y a practicar con decisión la solidaridad, en cuanto virtud indispensable de la existencia.

Esta conciencia nos impulsa a actuar con responsabilidad y a responsabilizar a otros, en vista



de un bien que es indisolublemente personal y común. Solo cuando el hombre se concibe a sí mismo, no como un mundo aparte, sino como alguien que, por naturaleza, está ligado a todos los demás, a los que originariamente siente como «hermanos», es posible una praxis social solidaria orientada al bien común. No hemos de temer reconocernos como necesitados e incapaces de procurarnos todo lo que nos hace falta, porque solos y con nuestras fuerzas no podemos superar todos los límites. No temamos reconocer esto, porque Dios mismo, en Jesús, se ha inclinado (cf. Flp 2, 8) y se inclina sobre nosotros y sobre nuestra pobreza para ayudarnos y regalarnos aquellos bienes que por nosotros mismos nunca podríamos tener.

En esta circunstancia de la solemne celebración en la India, quiero recordar con alegría y admiración la figura de la santa Madre Teresa de Calcuta, un modelo de caridad que hizo visible el amor de Dios por los pobres y los enfermos. Como dije con motivo de su canonización, «Madre Teresa, a lo largo de toda su existencia, ha sido una generosa dispensadora de la misericordia divina, poniéndose a disposición de todos por medio de la acogida y la defensa de la vida humana, tanto la no nacida como la abandonada y descartada. [...] Se ha inclinado sobre las personas desfallecidas, que mueren abandonadas al borde de las calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes [...] de la pobreza creada por ellos mismos».

La misericordia ha sido para ella la «sal» que daba sabor a cada obra suya, y la «luz» que iluminaba las tinieblas de los que no tenían ni siquiera lágrimas para llorar su pobreza y sufrimiento. Su misión en las periferias de las ciudades y en las periferias existenciales permanece en nuestros días como testimonio elocuente de la cercanía de Dios hacia los más pobres entre los pobres» (Homilía, 4 septiembre 2016).

Santa Madre Teresa nos ayuda a comprender que el único criterio de acción debe ser el amor gratuito a todos, sin distinción de lengua, cultura, etnia o religión. Su ejemplo sigue guiándonos para que abramos horizontes de alegría y de esperanza a la humanidad necesitada de comprensión y de ternura, sobre todo a quienes sufren.

La gratuidad humana es la levadura de la ac-

ción de los voluntarios, que son tan importantes en el sector socio-sanitario y que viven de manera elocuente la espiritualidad del Buen Samaritano. Agradezco y animo a todas las asociaciones de voluntariado que se ocupan del transporte y de la asistencia de los pacientes, aquellas que proveen las donaciones de sangre, de tejidos y de órganos. Un ámbito especial en el que vuestra presencia manifiesta la atención de la Iglesia es el de la tutela de los derechos de los enfermos, sobre todo de quienes padecen enfermedades que requieren cuidados especiales, sin olvidar el campo de la sensibilización social y la prevención.

Vuestros servicios de voluntariado en las estructuras sanitarias y a domicilio, que van desde la asistencia sanitaria hasta el apoyo espiritual, son muy importantes. De ellos se benefician muchas personas enfermas, solas, ancianas, con fragilidades psíquicas y de movilidad. Os exhorto a seguir siendo un signo de la presencia de la Iglesia en el mundo secularizado. El

voluntario es un amigo desinteresado con quien se puede compartir pensamientos y emociones; a través de la escucha, es capaz de crear las condiciones para que el enfermo, de objeto pasivo de cuidados, se convierta en un sujeto activo y protagonista de una relación de reciprocidad, que recupere la esperanza, y mejor dispuesto para aceptar las terapias. El voluntariado comunica valores, comportamientos y estilos de vida que tienen en su centro el fermento de la donación. Así es como se realiza también la humanización de los cuidados.

La dimensión de la gratuidad debería animar, sobre todo, las estructuras sanitarias católicas, porque es la lógica del Evangelio la que cualifica su labor, tanto en las zonas más avanzadas como en las más desfavorecidas del mundo. Las estructuras católicas están llamadas a expresar el sentido del don, de la gratuidad y de la solidaridad, en respuesta a la lógica del beneficio a toda costa, del dar para recibir, de la explotación que no mira a las personas.

Os exhorto a todos, en los diversos ámbitos, a que promováis la cultura de la gratuidad y del don, indispensable para superar la cultura del beneficio y del descarte. Las instituciones de salud católicas no deberían caer en la trampa de anteponer los intereses de empresa, sino más bien en proteger el cuidado de la persona en lugar del beneficio. Sabemos que la salud es relacional, depende de la interacción con los demás y necesita confianza, amistad y solidaridad, es un bien que se puede disfrutar «plenamente» solo si se comparte. La alegría del don gratuito es el indicador de la salud del cristiano.

Os encomiendo a todos a María, *Salus infirmorum*. Que ella nos ayude a compartir los dones recibidos con espíritu de diálogo y de acogida recíproca, a vivir como hermanos y hermanas atentos a las necesidades de los demás, a saber dar con un corazón generoso, a aprender la alegría del servicio desinteresado. Con afecto seguro a todos mi cercanía en la oración y os envío de corazón mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 25 de noviembre de 2018

Solemnidad de N. S. Jesucristo Rey del Universo

Franciscus

«No se puede resolver el desafío de la migración con la lógica de la violencia y del descarte, ni con soluciones parciales». Es este uno de los pasajes centrales del discurso que el Papa Francisco dirigió al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, durante la tradicional audiencia de inicio de año dirigida la mañana del lunes 7 de enero en la Sala Regia



Excelencias, señoras y señores:

El comienzo de un nuevo año nos permite detener por un instante el frenético ritmo de las actividades cotidianas para realizar algunas consideraciones sobre los acontecimientos pasados y reflexionar sobre los desafíos que nos esperan en el futuro próximo. Doy las gracias por la presencia numerosa a nuestro encuentro habitual, que quiere ser sobre todo una ocasión propicia para intercambiarnos un pensamiento cordial y halagüeño. A través de ustedes, quiero hacer llegar mi cercanía a los pueblos que representan, junto a mi deseo de que el año que comienza traiga paz y bienestar a todos los miembros de la familia humana.

Agradezco de forma particular al Embajador de Chipre, el excelentísimo señor George Poulides, las amables palabras que por primera vez me ha dirigido en nombre de todos ustedes, en calidad de Decano del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede. A cada uno de ustedes deseo manifestar la estima particular por el trabajo que cotidianamente realizan para consolidar las relaciones entre sus respectivos países y organizaciones con la Santa Sede, ulteriormente reforzadas por la firma o ratificación de nuevos acuerdos.

Me refiero en particular a la ratificación del Acuerdo marco entre la Santa Sede y la República de Benín sobre el Estatuto Jurídico de la Iglesia Católica en Benín, así como a la firma y ratificación del Acuerdo entre la Santa Sede y la República de San Marino para la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas.

En el ámbito multilateral, la Santa Sede ha ratificado también el Convenio Regional de la UNESCO sobre la convalidación de los títulos relativos a la Educación Superior en Asia y el Pacífico, y en el pasado mes de marzo se ha adherido al Acuerdo Parcial ampliado del Consejo de Europa sobre Itinerarios Culturales, una iniciativa que tiene el objetivo de mostrar cómo la cultura está al servicio de la paz y representa un factor unificador de las distintas sociedades europeas, capaz de acercarnos la concordia entre los pueblos. Se trata de un signo de particular atención hacia una Organización que en este año celebra su 70 aniversario de fundación, con la que la Santa Sede colabora desde hace muchos decenios reconociéndole su papel específico en la promoción de los derechos humanos, de la democracia y del Estado de derecho, en un espacio que quiere abarazar a todo el continente europeo. Por último, el pasado 30 de noviembre, el Estado de la Ciudad del Vaticano fue admitido en la Zona única de Pagos en Euros (SEPA).

La obediencia a la misión espiritual, que brota del imperativo que el Señor Jesús ha dirigido al apóstol Pedro: «Apacienta mis corderos» (Jn 21, 15), impulsa al Papa —y por tanto a la Santa Sede— a preocuparse por toda la familia humana y sus necesidades, incluso en el ámbito material y social. Con todo, la Santa Sede no busca interferir en la vida de los estados, sino que su pretensión no es otra que la de ser un observador atento y sensible de las problemáticas que afectan a la humanidad, con el sincero y humilde deseo de ponerse al servicio del bien de todo ser humano.

Esta solitud es la que caracteriza la cita de hoy y que me sostiene en los encuentros con la multitud de peregrinos que llegan al Vaticano desde todas las partes de mundo, así como con los pueblos y las comunidades que he tenido la alegría de encontrar el año pasado durante los viajes apostólicos realizados a Chile, Perú, Suiza, Irlanda, Lituania, Letonia y Estonia.

Esta solitud es la que impulsa a la Iglesia en cada lugar a trabajar por favorecer la edificación de sociedades pacíficas y reconciliadas. En este sentido, pienso particularmente en la amada Nicaragua, cuya situación sigue de cerca, con el deseo de que las distintas instancias políticas y sociales encuentren en el

diálogo el camino principal para empeñarse por el bien de toda la nación.

En ese horizonte se coloca también la consolidación de las relaciones entre la Santa Sede y Vietnam, con vistas al nombramiento, en un futuro próximo, de un Representante Pontificio residente, cuya presencia quiere ser ante todo una manifestación de la solicitud del Sucesor de Pedro por la Iglesia local.

En este sentido hay que entender la firma del Acuerdo Provisional entre la Santa Sede y la República Popular de China sobre el nombramiento de los Obispos en China, realizada el pasado 22 de septiembre. Como se sabe, este último es fruto de un largo y ponderado diálogo institucional, mediante el cual se han llegado a fijar algunos elementos estables de colaboración entre la Sede Apostólica y las Autoridades civiles. Como he podido mencionar en el Mensaje que he dirigido a los católicos chinos y a la Iglesia universal, había rendido ya precedentemente a la plena comunión eclesial a los restantes obispos oficiales ordenados sin mandato pontificio, invitándolos a trabajar generosamente por la reconciliación de los católicos chinos y por un renovado impulso en la evangelización. Agradezco al Señor porque, por primera vez después de tantos años, todos los obispos en China están en plena comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia universal. Y un signo visible de esto ha sido también la participación de dos obispos de China continental en el reciente Sínodo dedicado a los jóvenes. Esperemos que la prosecución de los contactos para la aplicación del Acuerdo Provisional firmado contribuya a resolver las cuestiones abiertas y asegure los espacios necesarios para un desarrollo efectivo de la libertad religiosa.

Queridos Embajadores:

El año que ahora comienza observa la llegada de diversos y significativos aniversarios, además de la recordado del Consejo de Europa. Entre ellos quisiera destacar particularmente uno: el centenario del nacimiento de la Sociedad de Naciones, instituida con el tratado de Versalles y firmado el 28 de junio de 1919. ¿Por qué recordar a una Organización que ya no existe? Porque representa el inicio de la diplomacia moderna multilateral, mediante el cual los es-

tados intentan evitar que las relaciones recíprocas sean dominadas por la lógica del dominio que conduce a la guerra. El experimento de la Sociedad de Naciones sufrió enseguida esas dificultades, por todos conocidas, que llevaron exactamente 20 años después de su nacimiento a un nuevo y más doloroso conflicto, como fue la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, abrió un camino, que fue recorrido con mayor decisión con la institución en 1945 de la Organización de las Naciones Unidas: un camino ciertamente cargado de dificultades y de contrastes; no siempre eficaz, puesto que los conflictos por desgracia permanecen todavía hoy, pero es una integrable oportunidad para que las naciones se encuentren y busquen soluciones comunes.

La premisa indispensable para el éxito de la diplomacia multilateral es la buena voluntad y la buena fe de los interlocutores, la disponibilidad a una discusión leal y sincera, y la voluntad de aceptar las inevitables concesiones que nacen del diálogo entre las partes. Allí donde falta incluso uno solo de estos elementos, prevalece la búsqueda de soluciones unilaterales y, en definitiva, el dominio del más fuerte sobre el más débil. La Sociedad de las Naciones entró en crisis precisamente por estos motivos y, por desgracia, también hoy se nota cómo la resiliencia de las principales organizaciones internacionales se ve amenazada por las mismas actitudes.

Así pues, considero importante que en la actualidad no falte tampoco la voluntad de un diálogo sereno y constructivo entre los estados, por más que sea evidente que las relaciones en el seno de la comunidad internacional y el sistema multilateral en su conjunto, estén atravesando momentos de dificultad, con el resurgir de tendencias nacionalistas que miran la vocación de las organizaciones internacionales de ser un espacio de diálogo y encuentro para todos los países. Esto es en parte debido a cierta incapacidad del sistema multilateral para ofrecer soluciones eficaces a las distintas situaciones que desde hace tiempo están pendientes de resolución, como algunos conflictos «congelados», y para afrontar los desafíos actuales en modo satisfactorio para todos. En parte, es el resultado de la evolución de las políticas nacionales, condicionadas cada vez con mayor frecuencia por la búsqueda de un consenso inmediato y

sectario, en lugar de buscar pacientemente el bien común con respuestas a largo plazo. En particular, es también el resultado de la creciente preponderancia de poderes y grupos de interés en los organismos internacionales que imponen la propia visión e ideas, desencadenando nuevas formas de colonización ideológica, que a menudo no respetan la identidad, la dignidad y la sensibilidad de los pueblos. Concretamente, es la consecuencia de la reacción en algunas zonas del mundo contra una globalización que se ha desarrollado en ciertos aspectos demasiado rápido y de forma desordenada, de modo que entre globalización y localismo se produce siempre una tensión. Es necesario, por tanto, poner atención a la dimensión global sin perder de vista lo que es local. Ante la idea de una «globalización esférica», que nivela las diferencias y en la que las particularidades desaparecen, es fácil que resurjan los nacionalismos, mientras que la globalización puede ser también una fuente de oportunidades, puesto que es «poliédrica»; es decir, favorece una tensión positiva entre la identidad de cada pueblo y nación, y la globalización misma, según el principio de que el todo es superior a la parte.

Algunas de estas actitudes evocan el periodo de entreguerras, en el que las tendencias populistas y nacionalistas prevalecieron sobre la acción de la Sociedad de Naciones. La reaparición de corrientes semejantes está debilitando progresivamente el sistema multilateral, con el fruto de una falta general de la confianza, una crisis de credibilidad de la política internacional y una creciente marginación de los miembros más vulnerables de la familia de las naciones.

San Pablo VI, que he tenido la alegría de canonizar el año pasado, en su memorable discurso a la Asamblea de las Naciones Unidas —el primero de un Pontífice ante esa asamblea—, trazó los objetivos de la diplomacia multilateral, sus características y responsabilidades en el contexto contemporáneo, evidenciando también los elementos de contacto que existen con la misión espiritual del Papa y, por tanto, de la Santa Sede.

Discurso al cuerpo diplomático

El primado de la justicia y del derecho

El primer elemento de contacto que quisiera evocar es el primado de la justicia y del derecho: «Vosotros —decía el Papa Montini— habéis consagrado el gran principio de que las relaciones entre los pueblos deben regularse por el derecho, la justicia, la razón, los tratados, y no por la fuerza, la arrogancia, la violencia, la guerra y ni siquiera, por el miedo o el engaño».

En nuestra época, suscita preocupación el resurgir de la tendencia a hacer prevalecer y a perseguir los intereses de cada nación sin recurrir a los instrumentos que el derecho internacional prevé para resolver tales controversias y asegurar el respeto de la justicia, también a través de los Tribunales internacionales. Dicha actitud es a veces fruto de la reacción de los que han sido llamados a la responsabilidad de gobernar ante el acentuado malestar que está creciendo cada vez más entre los ciudadanos de muchos países, los cuales perciben las dinámicas y las reglas que gobiernan la comunidad internacional como lentas, abstractas y, también, lejanas a sus necesidades reales. Es oportuno que los políticos escuchen la voz de sus pueblos y busquen soluciones concretas para favorecer el bien mayor. Eso exige, sin embargo, el respeto del derecho y de la justicia, tanto dentro de la comunidad nacional como internacional, porque soluciones relativas, emotivas y apresuradas pueden que consigan acrecentar un consenso efímero, pero no contribuirán nunca a la solución de los problemas más profundos, al contrario, los aumentarán.

Precisamente a partir de esta preocupación propuse dedicar el Mensaje para la 11ª Jornada Mundial de la Paz, que se celebró el pasado uno de enero, al tema: La buena política está al servicio de la paz, porque hay una íntima relación entre la buena política y la pacífica convivencia entre pueblos y naciones. La paz no es nunca un bien parcial, sino que abraza a todo el género humano. Un aspecto esencial, por tanto, de la buena política es perseguir el bien común de todos, en cuanto «bien de todos los hombres y de todo el hombre» y condición social que permite a cada persona y a toda la comunidad alcanzar el bienestar material y espiritual.

A la política se le pide tener altura de miras y no limitarse a buscar soluciones de poco calado. El bien político no debe ocupar espacios, sino que debe poner en marcha procesos; está llamado a hacer prevalecer la unidad sobre el conflicto, que tiene como base «la solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiantes». Esta «se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad multiforme que engendra nuevas vidas».

Esa consideración tiene en cuenta la dimensión trascendente de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios. El respeto, por tanto, de la dignidad de cada ser humano es la premisa indispensable para toda convivencia realmente pacífica, y el derecho constituye el instrumento esencial para la consecución de la justicia social y para alimentar los vínculos fraternos entre los pueblos. En este ámbito, tienen un papel fundamental los derechos humanos, enunciados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de la que hemos celebrado hace poco el 70 aniversario, cuyo carácter universal, objetivo y racional sería oportuno redescubrir, de modo que no prevalezcan visiones parciales y subjetivas del hombre, que corren el peligro de abrir el camino a nuevas desigualdades, injusticias, discriminaciones y, llevadas al límite, también nuevas violencias y atropellos.

La defensa de los más débiles

El segundo elemento que me gustaría mencionar es la defensa de los débiles. «Hacemos nuestra también —afirmaba el Papa Montini— la voz de los po-

bres, de los desheredados, de los desventurados, de quienes aspiran a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso».

La Iglesia siempre se ha comprometido a ayudar a los necesitados y la misma Santa Sede se ha convertido, durante estos años, en promotora de varios proyectos de ayuda para los más débiles, que también han recibido el apoyo de diversas entidades a nivel internacional. Me gustaría mencionar la iniciativa humanitaria en Ucrania a favor de la población que está sufriendo, especialmente en las regiones orientales del país, debido al conflicto que dura desde hace casi cinco años y que ha tenido recientemente algunos episodios preocupantes en el Mar Negro. Con la participación activa de las Iglesias católicas de Europa y de fieles de otros lugares del mundo, que escucharon mi llamamiento de mayo de 2016, y con la colaboración de otras Confesiones y Organizaciones Internacionales, se ha tratado de socorrer, de manera concreta, las necesidades básicas de los habitantes de los territorios afectados, que son las primeras víctimas de la guerra. La Iglesia y sus diversas instituciones continuarán su misión, con el objetivo de atraer una mayor atención sobre otras cuestiones humanitarias, como la que concierne a la suerte de los prisioneros, todavía numerosos. Con su acción y su cercanía con la población, la Iglesia busca fomentar, directa e indirectamente, la apertura de caminos pacíficos para la solución del conflicto, caminos que respeten la justicia y la legalidad, incluida la internacional, que es la base de la seguridad y la convivencia en toda la región. Para ello son importantes los instrumentos que garantizan el libre ejercicio de los derechos religiosos.

Por su parte, también la comunidad internacional con sus organizaciones está llamada a dar voz a quienes no tienen voz. Y entre los que no tienen voz en nuestros días, me gustaría recordar a las víctimas de las otras guerras en curso, especialmente la de Siria, con el gran número de muertos que ha causado. Una vez más, hago un llamamiento a la comunidad internacional para que promueva una solución política a un conflicto que al final no tendrá más que vencidos. Sobre todo, es fundamental que cesen las violaciones de los derechos humanos, que causan sufrimientos innarrables a la población civil, especialmente a mujeres y niños, y afectan a estructuras esenciales como hospitales, escuelas y campos de refugiados, así como a edificios religiosos.

No podemos olvidar a los numerosos refugiados que ha provocado el conflicto, sometiendo a los países vecinos a una dura prueba. Una vez más, quiero expresar mi gratitud a Jordania y al Líbano, que con espíritu fraterno y con mucho sacrificio, han acogido a numerosos grupos de personas, manifestando al mismo tiempo el deseo de que los refugiados puedan regresar a la patria, con condiciones de vida y de seguridad adecuadas. Pienso también en los diferentes países europeos que generosamente han ofrecido hospitalidad a aquellos que se encuentran en dificultades y en peligro.

Entre los que se han visto afectados por la inestabilidad en la que desde hace años está inmerso Oriente Medio están especialmente los cristianos, que viven en esas tierras desde el tiempo de los apóstoles y que han ayudado a edificarlas y forjarlas a lo largo de los siglos. Es muy importante que los cristianos tengan un lugar en el futuro de la región y, por lo tanto, aliento a los que han buscado refugio en otras partes a hacer lo posible para regresar a sus casas y mantener y fortalecer los lazos con sus comunidades de origen. Al mismo tiempo, espero que las autoridades políticas no dejen de garantizar la seguridad necesaria y todos aquellos requisitos que les permitan seguir viviendo en los países de los que son plenamente ciudadanos y contribuir a su construcción.



VIENE DE LA PÁGINA 7

A lo largo de estos años, Siria, y en general todo Oriente Medio, han sido desafortunadamente escenario de choque de múltiples intereses opuestos. Además de los de carácter preeminentemente político y militar, tampoco se debe descuidar el intento de crear enemistad entre musulmanes y cristianos. Aunque «en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes»⁷, en diferentes partes de Oriente Medio han podido vivir en paz durante mucho tiempo. Dentro de poco tendré la oportunidad de ir a dos países de mayoría musulmana, Marruecos y los Emiratos Arabes Unidos. Serán dos importantes ocasiones para acrecentar aún más el diálogo interreligioso y el entendimiento mutuo entre los fieles de ambas religiones, en el octavo centenario del histórico encuentro entre san Francisco de Asís y el sultán al-Malik al-Kāmil.

Entre los débiles de nuestro tiempo que la comunidad internacional está llamada a defender están también los migrantes y los refugiados. Una vez más, deseo llamar la atención de los gobiernos para que se ayude a quienes han emigrado a causa del flagelo de la pobreza, de todo tipo de violencia y persecución, así como de los desastres naturales y el cambio climático, y para que se tomen las medidas que permitan su integración social en los países de acogida. Es necesario asegurar que las personas no se vean obligadas a dejar sus familias y naciones, o que puedan regresar de manera segura, siendo respetada su dignidad y derechos humanos. Todo ser humano anhela una vida mejor y más feliz, y no se puede resolver el desafío de la migración con la lógica de la violencia y del descarte, ni con soluciones parciales.

No puedo dejar de agradecer los esfuerzos de muchos gobiernos e instituciones que, impulsados por un espíritu generoso de solidaridad y caridad cristiana, colaboran fraterna-

mente en favor de los migrantes. Entre estos, me gustaría mencionar a Colombia, que, junto a otros países del continente, en los últimos meses ha recibido a un gran número de personas de Venezuela. Al mismo tiempo, soy consciente de que las olas migratorias de estos años han causado desconfianza y preocupación entre la población de muchos países, especialmente en Europa y América del Norte, y esto ha llevado a varios gobiernos a limitar en gran medida los flujos entrantes, incluso los de tránsito. Sin embargo, creo que no es posible dar soluciones parciales a una cuestión tan universal. Las emergencias recientes han demostrado que se necesita una respuesta común, coordinada por todos los países, sin prevenciones y respetando todas las instancias legítimas, tanto de los Estados como de los migrantes y refugiados.

Teniendo esto en cuenta, la Santa Sede ha participado activamente en las negociaciones y en la adopción de los dos Pactos Mundiales sobre los Refugiados y sobre una Migración segura, ordenada y regular. En particular, el Pacto sobre migración representa un importante paso adelante para la comunidad internacional que, por primera vez a nivel multilateral y en el ámbito de las Naciones Unidas, aborda el tema en un documento relevante. A pesar de la naturaleza no vinculante de estos documentos y la ausencia de varios gobiernos en la reciente Conferencia de las Naciones Unidas en Marrakech, los dos Pactos serán importantes puntos de referencia para el compromiso político y para la acción concreta de organizaciones internacionales, legisladores y políticos, así como para los que están comprometidos a favor de una gestión más responsable, coordinada y segura de las diferentes situaciones que afectan a los refugiados y migrantes. De ambos Pactos, la Santa Sede aprecia la intención y el carácter que facilita su puesta en práctica, a pesar de haber expresado sus reservas sobre los documentos, mencionados en el Pacto

El desafío de las migraciones no se resuelve con la lógica del descarte

relativo a la Migración, que contienen terminologías y directrices que no corresponden a sus principios sobre la vida y los derechos de las personas.

Entre otros débiles, «tenemos conciencia de hacer nuestra —continúa Pablo VI— la voz [...] de las generaciones jóvenes de nuestros días que avanzan confiadas, esperando con justo derecho una humanidad mejor»⁸. La XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos estuvo dedicada a los jóvenes, que a menudo se sienten perdidos y sin certezas para el futuro. También serán los protagonistas del viaje apostólico que haré a Panamá dentro de unos pocos días, con motivo de la XXXIV Jornada Mundial de la Juventud. Los jóvenes son el futuro, y la tarea de la política es abrir los caminos del futuro. Por esto es absolutamente necesario invertir en iniciativas que permitan a las nuevas generaciones construir su futuro, tener la oportunidad de encontrar trabajo, formar una familia y criar a sus hijos.

Además de los jóvenes, los niños merecen una mención especial, especialmente en este año en que se celebra el 30 aniversario de la proclamación de la Convención sobre los Derechos del Niño. Esta es una oportunidad favorable para reflexionar seriamente sobre los pasos que se han dado para tutelar el bien de nuestros niños y su desarrollo social e intelectual, así como su crecimiento físico, psíquico y espiritual. En esta circunstancia, no puedo callar ante una de las plagas de nuestro tiempo, que por desgracia ha visto implicados también a varios miembros del clero. El abuso contra los menores de edad es uno de los peores y más viles crímenes posibles. Destruye inexorablemente lo mejor que la vida humana reserva para un inocente, causando daños irreparables para el resto de su existencia. La Santa Sede y toda la Iglesia están trabajando para combatir y prevenir tales crímenes y su ocultamiento, para averiguar la verdad de los hechos que implican a eclesiásticos y para hacer justicia a los niños que han sufrido violencia sexual, agravada por el abuso de poder y de conciencia. La reunión que tendré con los episcopados de todo el mundo, en el próximo mes de febrero, pretende cumplir un paso más en el camino de la Iglesia para arrojar luz sobre los hechos y aliviar las heridas causadas por esos delitos.

Es difícil ver que, en nuestra sociedad, tan a menudo caracterizada por contextos familiares frágiles, se manifiestan también comportamientos violentos contra las mujeres, cuya dignidad fue puesta de relieve por la Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, publicada hace treinta años por el santo Pontífice Juan Pablo II. Ante el flagelo del abuso físico y psicológico causado a las mujeres, es urgente volver a encontrar formas de relaciones justas y equilibradas, basadas en el respeto y el reconocimiento mutuos, en las que cada uno pueda expresar su identidad de manera auténtica, mientras que la promoción de algunas formas de indiferenciación corre el riesgo de desna-

turalizar el mismo ser hombre o mujer.

El cuidado de los más débiles nos impulsa a reflexionar sobre otra plaga de nuestro tiempo, es decir, las condiciones de los trabajadores. El trabajo, si no se protege adecuadamente, deja de ser el medio por el que el hombre se realiza y se convierte en una forma moderna de esclavitud. Hace cien años nació la Organización Internacional del Trabajo, que se ha esforzado en promover unas condiciones de trabajo adecuadas y en fomentar la dignidad de los propios trabajadores. Frente a los desafíos de nuestro tiempo, ante todo el creciente desarrollo tecnológico que hace disminuir los puestos de trabajo y la pérdida de garantías económicas y sociales para los trabajadores, tengo la esperanza de que la Organización Internacional del Trabajo, más allá de intereses particulares, seguirá siendo un ejemplo de diálogo y concertación para lograr sus altos objetivos. En esta misión, ella está llamada también a hacer frente, junto con otras instancias de la comunidad internacional, a la plaga del trabajo infantil y a las nuevas formas de esclavitud, así como a la disminución progresiva del valor de los salarios, especialmente en los países desarrollados, y a la discriminación persistente de las mujeres en el ámbito laboral.

Ser puentes entre los pueblos y constructores de paz

En su intervención en las Naciones Unidas, san Pablo VI indicó claramente el objetivo principal de esa Organización internacional. «Vosotros —dijo— existís y trabajáis para unir a las naciones, para asociar a los Estados; [...] para reunir los unos con los otros. [...] Constituíis un puente entre pueblos. [...] Basta recordar que la sangre de millones de hombres, que sufrimientos inauditos e innumerables, que masacres inútiles y ruinas espantosas sancionan el pacto que os une en un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo. ¡Nunca jamás guerra! ¡Nunca jamás guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad. [...] La paz, como sabéis, no se construye solamente mediante la política y el equilibrio de las fuerzas y de los intereses. Se construye con el espíritu, las ideas, las obras de la paz»⁹.

Durante el año pasado hubo algunas significativas señales de paz, comenzando por el histórico acuerdo entre Etiopía y Eritrea, que pone fin a veinte años de conflicto y restablece las relaciones diplomáticas entre los dos países. El acuerdo firmado por los líderes de Sudán del Sur, que permite la reanudación de la convivencia civil y la reactivación del funcionamiento de las instituciones nacionales, es también un signo de esperanza para el continente africano, donde, sin embargo, siguen existiendo graves tensiones y una pobreza generalizada. Sigo con especial atención la evolución de la situación en la República Democrática del Congo, y espero que el país pueda

encontrar la reconciliación que tanto desea y emprender un camino decisivo hacia el desarrollo, poniendo fin al persistente estado de inseguridad que afecta a millones de personas, entre los que se encuentran muchos niños. Para ello, el respeto del resultado electoral es factor determinante para una paz sostenible. Del mismo modo, manifiesto mi cercanía con aquellos que sufren debido a la violencia fundamentalista, especialmente en Mali, Níger y Nigeria, o a causa de las persistentes tensiones internas en Camerún, que con frecuencia siembran la muerte entre la población civil.

En general, también debe señalarse que África, más allá de los diferentes sucesos dramáticos, muestra un gran y positivo dinamismo, arraigado en su cultura antigua y su tradicional hospitalidad. Un ejemplo de solidaridad efectiva entre las naciones es la apertura de fronteras en diferentes países para acoger generosamente a los refugiados y personas desplazadas. Hay que apreciar en muchos Estados el aumento de la coexistencia pacífica entre creyentes de diferentes religiones y la animación de iniciativas solidarias conjuntas. Además, la implementación de políticas inclusivas y el progreso de los procesos democráticos están dando resultados efectivos en muchas regiones para combatir la pobreza absoluta y promover la justicia social. Por lo tanto, el apoyo de la comunidad internacional es aún más urgente para favorecer el desarrollo de infraestructuras, la construcción de perspectivas para las generaciones más jóvenes y la emancipación de las clases más débiles.

De la península coreana han llegado signos positivos. La Santa Sede ve favorablemente los diálogos y espera que puedan abordar incluso los problemas más complejos con una actitud constructiva que lleve a soluciones compartidas y duraderas, a fin de garantizar un futuro de desarrollo y cooperación para todo el pueblo coreano y para toda la región.

Lo mismo deseo para la amada Venezuela, que se encuentren vías institucionales y pacíficas para solucionar la crisis política, social y económica, vías que consientan asistir sobre todo a los que son probados por las tensiones de estos años y ofrecer a todo el pueblo venezolano un horizonte de esperanza y de paz.

La Santa Sede también espera que se reanude el diálogo entre israelíes y palestinos, para que finalmente se llegue a un acuerdo que responda a las aspiraciones legítimas de ambos pueblos, asegurando la convivencia entre los dos estados y el logro de una paz tan esperada y deseada. El compromiso unánime de la comunidad internacional es más valioso y necesario que nunca para lograr este objetivo, así como para promover la paz en toda la región, particularmente en Yemen e Irak, y al mismo tiempo para permitir la ayuda humanitaria a las poblaciones necesitadas.



Repensando en nuestro destino común

Finalmente, quisiera recordar un cuarto aspecto de la diplomacia multilateral, que nos invita a repensar nuestro destino común. Pablo VI lo expresó en estos términos: «Debemos habituarnos a pensar [...] en una forma nueva la vida en común de los hombres; en una forma nueva los caminos de la historia y los destinos del mundo. [...] Ha llegado la hora en que se impone [...] volver a pensar en nuestro común origen, en nuestra historia, en nuestro destino común. Nunca como hoy, en una época que se caracteriza por tal progreso humano, ha sido tan necesario el recurso a la conciencia moral del hombre. Porque el peligro no viene ni del progreso ni de la ciencia. [...] El verdadero peligro está en el hombre, que dispone de instrumentos cada vez más poderosos, capaces de llevar tanto a la ruina como a las más altas conquistas»¹⁰.

En el contexto de aquella época, el Papa se refirió esencialmente a la proliferación de armas nucleares. «Las armas —decía—, sobre todo las terribles armas que os ha dado la ciencia moderna, antes aún de causar víctimas y ruinas, engendran malos sueños, alimentan malos sentimientos, crean pesadillas, desconfianza, tristes resoluciones, exigen gastos enormes, paralizan proyectos de solidaridad y de trabajo útil, alteran la psicología de los pueblos»¹¹.

Por desgracia, es triste constatar cómo el mercado de armas no solo no se detiene, sino que hay una tendencia cada vez más generalizada a armarse, tanto por parte de personas individuales como de los estados. Causa preocupación especialmente que el desarme nuclear, tan deseado y perseguido en parte en las décadas pasadas, esté ahora dando paso a armas nuevas, cada vez más sofisticadas y destructivas. Quiero aquí reiterar que «no podemos no sentir un vivo sentido de inquietud si consideramos las catastróficas consecuencias humanitarias y ambientales que se derivan de cualquier uso de las armas nucleares. Por tanto, también considerando el riesgo de una detonación accidental de tales armas por un error de cualquier tipo, se debe condenar con firmeza la amenaza de su uso —y diría la inmoralidad de su uso—, así como su posesión, precisamente porque su existencia es fun-

damental a una lógica del miedo que no tiene que ver solo con las partes en conflicto, sino con todo el género humano. Las relaciones internacionales no pueden ser dominadas por las fuerzas militares, por las intimidaciones recíprocas, por la ostentación de los arsenales bélicos. Las armas de destrucción masiva, en particular las atómicas, no generan otra cosa que un engañoso sentido de seguridad y no poder constituir la base de la pacífica convivencia entre los miembros de la familia humana, que debe sin embargo inspirarse por una ética de solidaridad»¹².

Repensar nuestro destino común en el contexto actual significa repensar además la relación con nuestro planeta. También en este año, las poblaciones de varias regiones del continente americano y el sudeste asiático han sufrido duramente indescriptibles dificultades y sufrimientos, causados por aluviones, inundaciones, incendios, terremotos y sequías. Por lo tanto, las cuestiones ambientales y el cambio climático son algunos de los temas en los que se hace particularmente urgente encontrar un acuerdo por parte de la comunidad internacional. En este sentido, y a la luz del consenso alcanzado en la reciente Conferencia internacional sobre el clima (COP-24) celebrada en Katowice, espero un compromiso más decisivo de los Estados que fortalezca la colaboración para hacer frente con urgencia al fenómeno preocupante del calentamiento global. La Tierra pertenece a todos y las consecuencias de su explotación recaen sobre la población mundial, y de manera más dramática en algunas regiones. Entre ellas se encuentra la Amazonia, que será la protagonista de la próxima Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos en el Vaticano el próximo mes de octubre, y que, aun cuando se ocupará principalmente de los caminos de la evangelización para el Pueblo de Dios, no dejará de abordar los problemas ambientales en estrecha relación con sus consecuencias sociales.

Excelencias, señoras y señores:

El 9 de noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín. Pocos meses después se puso fin al último legado del segundo conflicto mundial: la división lacerante de Europa decidida en Yalta y la guerra fría. Los países al este del muro de Berlín recu-

peraron su libertad tras décadas de opresión y muchos de ellos comenzaron a recorrer el camino que los llevaría a su adhesión a la Unión Europea. Que, en el contexto actual, donde prevalecen nuevos movimientos centrífugos y la tentación de construir nuevos muros, no se pierda en Europa la conciencia de los beneficios —el primero el de la paz— que ha traído el camino de amistad y acercamiento entre los pueblos emprendido después de la Segunda Guerra Mundial.

Me gustaría mencionar hoy un último aniversario. El 11 de febrero, hace noventa años, nacía el Estado de la Ciudad del Vaticano, tras la firma de los Pactos de Letrán entre la Santa Sede e Italia. Así terminó el largo período de la «cuestión romana» que siguió a la toma de Roma y el fin del Estado Pontificio. Con el Tratado lateranense, la Santa Sede pasaba a disponer de «aquella cantidad de territorio material que es indispensable para el ejercicio de un poder espiritual confiado a los hombres en beneficio de los hombres»^[13], como afirmó Pío XI, y con el Concordato la Iglesia podía de nuevo seguir contribuyendo plenamente al crecimiento espiritual y material de Roma y de toda Italia, una tierra rica de historia, arte y cultura, que el cristianismo ha ayudado a forjar. En esta ocasión, le aseguro al pueblo italiano una oración especial para que, en fidelidad a sus tradiciones, mantenga vivo el espíritu de solidaridad fraterna que lo ha distinguido siempre.

A todos ustedes, estimados embajadores y distinguidos invitados aquí reunidos, así como a sus países, les expreso mi cordial deseo de que el nuevo año nos permita fortalecer los lazos de amistad que nos unen y trabajar por la construcción de la paz a la que aspira el mundo.

Gracias.

¹ Cf. *Mensaje a los católicos chinos y a la Iglesia universal* (26 septiembre 2018), 3.

² Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 234.

³ Pablo VI, *Discurso a las Naciones Unidas*, Nueva York (4 octubre 1965), 4.

⁴ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 165.

⁵ Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 228.

⁶ *Discurso a las Naciones Unidas*, 3.

⁷ Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas (28 octubre 1965), 3.

⁸ *Discurso a las Naciones Unidas*, 3.

⁹ *Ibid.*, 5,8,9.

¹⁰ *Ibid.*, 14.

¹¹ *Ibid.*, 10.

¹² *Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional sobre el Desarme promovido por el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral* (10 noviembre 2017).

¹³ Pío XI, Alloc. «*Il nostro più cordiale*», a los párrocos de Roma y a los predicadores del tiempo cuaresmal con ocasión de la firma del Tratado y del Concordato en el Palacio de Letrán (11 febrero 1929).

Jesús y las «fake news»

MARCELO FIGUEROA

Durante el ministerio público de Jesús, sus enemigos utilizaron todo tipo de oscuros recursos para enfrentar, obstaculizar, interrumpir y aniquilar su credibilidad, testimonio, vida y misión. Una de esas estratagemas fue difundir noticias falsas en complicidad con los poderes públicos y/o privados de turno. Para ello utilizaban alternativamente mensajeros religiosos «confiables» que buscaban influir en la opinión pública de los potenciales seguidores de Cristo, abusando de su sencillez y credulidad. Estas difamaciones, que tenían como blanco el mismísimo Hijo de Dios, tergiversaban sus dichos citándolos de forma parcial y maliciosamente y no dudaban en utilizar fuentes falsas. Hoy las llamaríamos «fake news». Veamos solo algunas de ellas y cómo las enfrentó nuestro Señor Jesucristo, según el relato de los Evangelios.

Buscando atacar su identidad y por lo tanto su deidad trataron a veces «piadosamente» de difundir que ese hombre de Galilea era en realidad Juan el Bautista, Elías, Jeremías u otros profetas (*Mateo 16, 14*). Otras veces, lo quisieron emparentar con el mismo Beelzebú descaradamente (*Marcos 3, 22*). En el primer caso, esas «fake news» fueron enfrentadas por el Señor refrendando palabras de Pedro, quien anunciaba que estaban en presencia de «Cristo, el hijo del Dios viviente» (*Mateo 16, 16-17*). En el último de



los casos citados, las palabras que eligió el Señor para contrarrestar esas difamaciones sobre su propia identidad y autoridad celestial fueron para calificarlas como pecados de tal gravedad que hasta eclipsan los límites del perdón divino (*Marcos 3, 28-30*). Cuando el requisito informativo de «la verdad» está en juego, la luz de esta debe desenmascarar las medias verdades y dejar al descubierto la oscuridad de las mentiras, que pertenecen, por definición, al lenguaje del infierno.

Las buenas y bellas nuevas del advenimiento del Reino de Dios y su justicia, anunciado y descripto incansablemente por Jesús (*Mateo 4, 23*) estuvieron acompañadas por toda una semiótica integral de sermones, parábolas, milagros, referencias proféticas y anuncios escatológicos. Una vez más y muy especialmente en los días del juicio, esos gestos fueron tergiversados y manipulados sin escrúpulos para utilizarlos en un juicio tan inmoral como ilegítimo en su forma, proceso y uso de testigos falsos. Estas «fake news» fueron un grotesco y un desesperado avance que intentó deslegitimar el testimonio y la autoridad del reinado del ungido de Dios. Se lo acusó de instigar a la destrucción del templo de Jerusalén, de no obedecer la Ley de Moisés, de no pagar impuestos al imperio romano, de sedición civil y de amenaza al reinado del corrupto Herodes. Jesús respondió a estas infamias con «la belleza» de su silencio y la espera del *kaïros* de los tiempos del Padre para que sus verdades

del reino de los cielos fueran la base de la Iglesia, fundada en la fe de sus informadores veraces, nada menos que sus apóstoles y discípulos.

Finalmente, siempre hay una enorme dosis de cobardía, temor y corrupción en las noticias falsas cuando sus actores comienzan a percibir que sus planes están a punto de naufragar. Eso pasó en los hechos posteriores a la muerte de Jesús. El poder mediático de los fundamentalistas en complicidad con estratos políticos y en un uso descarado de la corrupción en estructuras de poder quisieron asegurarse que los anuncios de resurrección de Jesús no prosperaran. La trama, con todos sus actores y procesos está magistralmente narrada por San Mateo entre los versos 12 al 15 del capítulo 28. La respuesta de Dios ante esta grotesca operación de «fake news» fue «la bondad» del perdón del Padre, que se sustenta en el poder difusor de Espíritu Santo y en la vida resurrecta del Verbo de Dios.

Hubo, hay y habrá «fake news» para los seguidores de Cristo. Pueden cambiar los actores y circunstancias pero la «verdad, la bondad y la belleza» del Padre, Hijo y Espíritu Santo prevalecerán en la Iglesia de Cristo y en el testimonio de un pueblo fiel y su jefes de redacción de la línea apostólica. Cristo, una vez más, fue el primero en padecerlas, pero también en vencerlas y por lo tanto, será nuestro modelo de comunicación cuando sea necesario.

El Papa a los obispos de EE.UU.

Sabor a Evangelio

Debe tener «sabor a Evangelio» la respuesta a los «abusos de poder, conciencia y sexuales contra niños y adultos vulnerables»; de lo contrario, se termina reduciendo todo «solo a un problema organizativo», confiando demasiado en acciones que, por otra parte, parecen «útiles, buenas y necesarias», incluso «justas». En su primer editorial publicado el 3 de enero en «Vatican news», Andrea Tornielli indicó así el punto central de la carta que Francisco envió «como señal de su cercanía personal» a los obispos estadounidenses reunidos en un retiro espiritual en Chicago, ofreciéndoles «una clave para comprender su mirada sobre la crisis de los abusos, también en vista de la reunión de febrero en el Vaticano».

«En su discurso ante la Curia romana del pasado 21 de diciembre —escribe el director editorial del Dicasterio para la Comunicación— el Papa se expresó de manera generalizada, decidida y firme sobre este tema. Ahora, en el mensaje a los obispos de los Estados Unidos, no se explaya al examinar el fenómeno de los abusos de poder, de conciencia y sexuales contra niños y adultos vulnerables, y va a la raíz del problema indicando una salida».

«La credibilidad de la Iglesia —reconoce una vez más el Pontífice— se ha visto fuertemente cuestionada y debilitada por estos pecados y crímenes, pero especialmente por la voluntad de querer disimularlos y esconderlos». Sin embargo, señala el director editorial, «es en la respuesta sugerida donde se debe buscar el punto central de la carta. De hecho, Francisco pone en guardia acerca de confiar demasiado en acciones que parecen «útiles, buenas y necesarias», e incluso «justas», pero que no tienen «sabor a Evangelio» si tienden a reducir la respuesta al mal solo a un problema organizativo».

Al relanzar las palabras del Papa, el director señala que «no siempre tiene «sabor a Evangelio» una Iglesia transformada en «agencia de recursos humanos», que pone su confianza solo en las estrategias, en los organigramas, en las mejores prácticas corporativas, en lugar de confiar primero en la presencia de Aquel que desde hace dos mil años la guía, en el poder salvador de la gracia, en la obra silenciosa y diaria del Espíritu Santo».

«Desde hace varios años —afirma Tornielli— los Pontífices han introducido reglas más adecuadas y severas para combatir el fenómeno de los abusos: otras indicaciones provendrán de la confrontación colegial entre los obispos del mundo unidos con Pedro. Pero el remedio podría ser ineficaz si no está acompañado «por la conversión de nuestra mente (*metanoia*), por nuestra forma de rezar, de gestionar el poder y el dinero, de vivir la autoridad y también por la forma en la que nos relacionamos unos con otros y con la mundo»».

«La credibilidad —concluye el director editorial— no se puede reconstruir con estrategias de marketing. Podrá ser el fruto de una Iglesia que sabe superar divisiones y contrastes internos. Una Iglesia cuya acción brota de ella reflejando una luz que no es la suya sino que se le da continuamente. Una Iglesia que no se anuncia a sí misma ni a su propia valentía, formada por pastores y fieles que, como afirma el Papa, se reconocen pecadores e invitan a la conversión porque han experimentado y experimentan en ellos el perdón y la misericordia».



Templo de Las Américas

Cinco siglos de fe

El día 5 de enero se conmemoró el 525 aniversario de la primera misa celebrada en tierras americanas. El Cardenal Gregorio Rosa Chávez, enviado especial del Papa Francisco, presidió la misa conmemorativa en el mismo escenario en el que se llevó a cabo en su día esa primera eucaristía: el templo de Las Américas, en Isabela, en la provincia de Puerto Plata, en la República Dominicana. En el evento también participó la Conferencia Episcopal Dominicana, y estuvieron presentes las autoridades del país, funcionarios del estado y miles de fieles. La ceremonia religiosa comenzó con un discurso de bienvenida del obispo de la diócesis de Puerto Plata, monseñor Julio César Corniel Amaro, quien destacó la importancia histórica de este evento de fe, no solo para la República Dominicana, sino para todos en América latina. El cardenal Rosa Chávez saludó a los fieles en nombre del Pontífice y los instó a mantener siempre viva la fe católica y a «proclamarla valientemente y vivirla con amor», como lo indicó el mismo Francisco en la carta con la que lo nombró enviado especial para este evento.

El cardenal también recordó a los fieles que el Papa «los lleva en su corazón de pastor universal de la Iglesia, un corazón latinoamericano» y señaló en su homilía que Francisco pide a los fieles «vivir con pasión el presente». Y agregó: «Y estamos aquí para abrirnos con confianza al futuro». También señaló que «en primer lugar, venimos a recordar». Y recordar, dice el Papa, «es volver al corazón».

A lo largo de la homilía repitió en varias ocasiones unas palabras que emocionaron a los presentes: «Aquí comenzó todo». La primera Eucaristía en América fue concelebrada el 6 de enero de 1494, en la Epifanía del Señor, por el padre Bernardo Boyl y otros doce sacerdotes que llegaron junto con Cristóbal Colón en su segundo viaje.

La Arquidiócesis de Santo Domingo señaló en un comunicado que esta semilla que sembró el padre Boyl y sus compañeros «dio inicio a una gran cosecha de cristianos, que hoy por hoy representan más de la mitad en el mundo. Desde este pueblito de la República Dominicana, Dios Padre ha continuado manifestándose».

El obispo de Puerto de Plata, monseñor Corniel Amaro recordó en un comunicado que «tener el Templo en el territorio de esta diócesis es una gracia especial» y todas las implicaciones que conlleva para la evangelización, «porque no solo trajo una catequesis de fe para los nativos; También trajo una gran

obra misionera para la educación, la salud, las obras de caridad y el respeto por la dignidad de la vida. Y resaltó: «Los beneficios de la proclamación del Evangelio todavía los vivimos hoy».

El cardenal resaltó en su homilía la figura de joven laico Ramón Pané, «a quien con justicia llaman «el primer catequista de América»». Y agregó: «Nos hace bien recordarlo en vísperas de la Jornada mundial de la juventud que tendrá lugar muy cerca de nosotros. Me emociono al imaginar a ese joven de menos de treinta años que participando en esa primera Eucaristía. Era tal su pasión por el Evangelio, que aprendió las lenguas de los indígenas para poderlos evangelizar y preparó a una familia de indios taínos para el bautismo».

También recordó «la figura entrañable» de Monseñor Oscar Amulfo Romero, quien en esa misa inconclusa del 24 de marzo de 1980, «cambió las lecturas, escogiendo el capítulo doce de San Juan, donde Jesús se compara al grano de trigo sembrado en la tierra». Y subrayó el cardenal un breve comentario de san Romero de América y del mundo: «Si no muriera, el grano se quedaría solo. Si da fruto es porque muere, se deja deshacer en la tierra, y sólo deshaciéndose, produce la cosecha». Y agregó: «Ese día, Monseñor no tuvo lectores ni acólitos; él mismo proclamó las lecturas, sin moverse del centro del altar. Segundos después de la homilía, mientras se disponía a ofrecer el pan y el vino, un certero disparo atravesó su corazón». Rosa Chávez también recordó que el Papa Francisco, el día en que lo canonizó, quiso llevar el cingulo ensangrentado del primer santo salvadoreño.

Después de la celebración eucarística, el Cardenal ofreció una breve conferencia de prensa con los medios de comunicación, durante la cual comentó la difícil situación en Nicaragua, «donde todavía no se busca el bien común de la población y la Iglesia Católica ha sido perseguida». Y continuó: «La compleja situación en Venezuela invita a todos a orar y a trabajar dentro del país para la comprensión y la tolerancia, a fin de lograr la verdadera paz». Respecto a las caravanas de los migrantes centroamericanos, dijo que estas personas están «impulsadas por la pobreza» y que «necesitamos cambiar muchas cosas para que todos puedan ver respetados sus derechos, ahora negados, en su propio país».

El cardenal Rosa Chávez también pidió comprometerse a combatir la corrupción, quizás el mal más grande del continente: «es un cáncer que destruye a todos», concluyó.



Ninguna oración queda sin escuchar: lo aseguró el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles, 9 de enero, continuando en el aula Pablo VI las catequesis sobre el Padre nuestro.

La audiencia general sobre el Padre nuestro

Ninguna oración queda sin escuchar

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis de hoy hace referencia al Evangelio de Lucas. De hecho, es sobre todo este Evangelio, desde los relatos de la infancia, el que describe la figura del Cristo en una atmósfera densa de oración. En él, están contenidos los tres himnos que marcan la oración de la iglesia cada día: el *Benedictus*, el *Magnificat* y el *Nunc dimittis*.

En esta catequesis sobre el Padre nuestro vamos adelante, vemos a Jesús como orante. Jesús reza. En el relato de Lucas, por ejemplo, el episodio de la transfiguración brota de un momento de oración. Dice así: «Mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó y sus vestidos eran de una blancura fulgurante» (9, 29). Pero cada paso en la vida de Jesús está inspirado por el soplo del Espíritu que lo guía en todas sus acciones. Jesús reza en el bautismo en el Jordán, habla con el Padre antes de tomar las decisiones más importantes, a menudo se retira en soledad para orar, intercede por Pedro, quien en breve lo negará. Dice así: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca» (Lucas 22, 31-32). Esto consuela: saber que Jesús ora por nosotros, ora por mí, por cada uno de nosotros para que nuestra fe no falle. Y esto es verdad. «Pero, padre, ¿todavía lo hace?» Él todavía lo hace, delante del Padre. Jesús ora por mí. Cada uno de nosotros puede decirlo. Y también podemos decirle a Jesús: «Estás orando por mí, sigue orando porque lo necesito». Así: valientes. Incluso la muerte del Mesías está inmersa en una atmósfera de oración, de modo que las horas de la pasión aparecen marcadas por una calma sorprendente: Jesús consuela a las mujeres, ora por sus crucificados, promete el paraíso al buen ladrón y respira diciendo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lucas 23, 45). La oración de Jesús parece amortiguar las emociones más violentas, los deseos de venganza y revancha, reconcilia al hombre con su enemigo acérrimo, reconcilia al hombre con este enemigo, que es la muerte.

Es siempre en el Evangelio de Lucas donde encontramos la petición, expresada por uno de los discípulos, de poder ser educados por el mismo Jesús en la oración. Y así dice:

«Señor, enséñanos a orar» (Lucas 11, 1). Lo vieron rezando. «Enseñanos, también podemos decirle al Señor: Señor, estás orando por mí, lo sé, pero enséñame a orar, para que también yo pueda orar». De esta petición, «Señor, enséñanos a orar», nace una enseñanza bastante extensa, a través de la cual Jesús explica a los suyos con qué palabras y con qué sentimientos deben dirigirse a Dios.

La primera parte de esta enseñanza es precisamente el Padre Nuestro. Oren así: «Padre, que estás en el cielo». «Padre»: esa hermosa palabra para decir. Podemos quedarnos todo el tiempo de la oración solo con esa palabra: «Padre». Y sentir que tenemos un padre: no un padre autoritario o un padrastro. No: un padre. El cristiano se dirige a Dios llamándolo por encima de todo «Padre».

En esta enseñanza que Jesús da a sus discípulos, es interesante detenerse en algunas instrucciones que coronan el texto de la oración. Para darnos confianza, Jesús explica algunas cosas que insisten en las actitudes del creyente que reza. Por ejemplo, está la parábola del amigo impío, que molesta a toda la familia que duerme porque, de repente, una persona ha llegado de un viaje y no tiene pan que ofrecerle. ¿Qué le dice Jesús a este que toca a la puerta y despierta al amigo? «Yo os digo —explica Jesús— pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá» (Lucas 11, 9). Con esto él quiere enseñarnos a orar e insistir en la oración. E inmediatamente después da el ejemplo de un padre que tiene un hijo hambriento.

Todos vosotros, padres y abuelos, que estáis aquí, cuando el hijo o el nieto piden algo, tiene hambre, pide y pide, luego llora, grita, tiene hambre: «¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra?» (v. 11). Y todos vosotros tenéis la experiencia cuando el niño pide, vosotros le dais de comer y todo lo que pide por el bien de él. Con estas palabras, Jesús nos hace entender que Dios siempre responde, que ninguna oración quedará sin ser escuchada, ¿por qué? Porque es un Padre, y no olvida a sus hijos que sufren. Por supuesto, estas declaraciones nos ponen en crisis, porque muchas de nuestras oraciones parecen no obtener ningún resultado. ¿Cuántas veces hemos pedido y no hemos

obtenido, todos lo hemos experimentado, cuántas veces hemos llamado y encontrado una puerta cerrada? Jesús nos insta, en esos momentos, a insistir y no rendirnos. La oración siempre transforma la realidad, siempre. Si las cosas no cambian a nuestro alrededor, al menos nosotros cambiamos, cambiamos nuestro corazón. Jesús prometió el don del Espíritu Santo a cada hombre y a cada mujer que reza.

Podemos estar seguros de que Dios responderá. La única incertidumbre se debe a los tiempos, pero no dudamos de que Él responderá. Tal vez tengamos que insistir toda la vida, pero Él responderá. Nos prometió: no es como un padre que da una serpiente en lugar de un pez. No hay nada más seguro: un día se cumplirá el deseo de felicidad que todos llevamos en nuestros corazones. Jesús dice: «Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche y les hace esperar?» (Lucas 18, 7). Sí, él hará justicia, nos escuchará. ¡Qué día de gloria y resurrección será! Orar es ahora la victoria sobre la soledad y la desesperación. Rezar. La oración cambia la realidad, no la olvidamos. O cambia las cosas o cambia nuestros corazones, pero siempre cambia. Orar es ahora la victoria sobre la soledad y la desesperación. Es como ver cada fragmento de la creación hirviendo en el torpor de una historia que a veces no comprendemos el porqué. Pero está en movimiento, está en camino, y al final de cada camino, ¿qué hay al final de nuestro camino? Al final de la oración, al final de un tiempo en el que estamos rezando, al final de la vida: ¿qué hay allí? Hay un Padre que espera todo y espera a todos con los brazos abiertos. Miremos a este Padre.

Al finalizar la audiencia, como es habitual, el Pontífice saludó a los diferentes grupos de fieles presentes, recomendando «fijar en el corazón la fecha del bautismo».

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. Que el Señor Jesús nos dé la gracia de entender que la oración conmueve el corazón de Dios, Padre compasivo, que nos ama y nos da su Espíritu Santo; y que la Virgen Santa nos ayude a ser hombres y mujeres de oración, y a confiar en la bondad del Señor que siempre nos escucha. Muchas gracias.